

ADOLFO

de María Cristina Ramos

Ilustraciones de Leicia Gotlibowski

DIRECCIÓN GENERAL DE
CULTURA Y EDUCACIÓN



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

Ramos, María Cristina
Adolfo / María Cristina Ramos; Contribuciones de María Elena Cuter;
Cinthia Kuperman; Editado por Leicia Gotlibowski; Ilustrado por Leicia
Gotlibowski. - 1a ed. - La Plata : Dirección General de Cultura y Educación
de la Provincia de Buenos Aires. Subsecretaría de Educación. Dirección
Provincial de Educación Primaria, 2025.

24 p. : il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-676-172-7

1. Escuelas Rurales. I. Cuter, María Elena, colab. II. Kuperman, Cinthia,
colab. III. Gotlibowski, Leicia, ed. IV. Gotlibowski, Leicia, ilus. V. Título.

CDD 370.91734

Este material ha sido elaborado por la Dirección General de
Cultura y Educación de la provincia de Buenos Aires.

Capítulo de *Azul la cordillera*
de María Cristina Ramos
Editorial Ruedamares

Coordinación: María Elena Cuter y Cinthia Kuperman

Ilustración y edición: Leicia Gotlibowski

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

GOBERNADOR
Axel Kicillof

VICEGOBERNADORA
Verónica Magario

DIRECTOR GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN
Alberto Sileoni

JEFE DE GABINETE
Gustavo Alcaraz

SUBSECRETARIO DE EDUCACIÓN
Pablo Urquiza

DIRECTORA PROVINCIAL DE EDUCACIÓN PRIMARIA
Mirta Torres

DIRECTORA PROVINCIAL DE COMUNICACIÓN
Carla Tous

DIRECCIÓN GENERAL DE
CULTURA Y EDUCACIÓN



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

ADOLFO

de María Cristina Ramos



Ilustraciones de Leicia Gotlibowski



Adolfo no está contento. De a ratos llora un llanto calladito. Una lluvia de goterones se abre paso en la carucha gastada por el viento. La lluvia llega hasta la pera y cae hacia el bolsillo del guardapolvo, o se hace punto mojado en el piso del aula.

Un día, una lágrima se aferró de una hilacha de la manga y se quedó columpiándose en el abismo, como las golondrinas cuando tironean hilitos para hacer el nido. Era una lágrima de escuela que había corrido ya muchas veces caminos parecidos. Le gustaba mirar la mano de Adolfo apretando el lapicito mordido. La mano se movía apenas sobre el cuaderno, dibujando hileras de hormigas despeinadas. Le gustaba salir al patio y sentir el trote de Adolfo entre las plantas buscando bichitos de colores. Las vaquitas de San Antonio son como una lágrima caminante, se decía, una lágrima salpicada de amarillo por un girasol, salpicada de rojo por una clavelina.

—¿Cuántos días faltan, pues, maestra, para que venga mi papá?

—Tres días, Adolfo. Así, estos deditos.

—Entonces mañana van a faltar nomás estos, pues maestra.





Y la lágrima sabía entonces que no iba a brillar sola. Que otras correrían lentas o tal vez atropellándose. Las iba a ver pasar con su transparencia y les iba a dar consejos de lágrima sabia. Cuidado con las orillas. Si se quedan sobre la piel de Adolfo, escuchen la voz de río con que golpea su corazón. Desde las solapas, se ve el vuelo de las hojas del cuento que les cuenta la maestra. Desde el balcón del bolsillo se oye el murmullo de las semillas que trae Adolfo para ayudarse a contar.

Adolfo se ha olvidado del atadito de lápices de colores. Azul, verde y celeste. Cada vez que hace un campito de alfalfa, llora porque le falta verde y la vaca del cuento no podrá comer. Cada vez que dibuja un cielo, llora porque no tiene celeste para sostener el amarillo que el sol tampoco tiene.

—Tengo que irme a la casa por los colores, maestra —dice Adolfo, mirando los botones del alto guardapolvo.

—Usá los del tarro grande, Adolfo, son de todos.

—¿Cuánto falta para que venga, maestra, mi papá?



Detrás de un remolino de pelo muy negro, está en la puerta del aula el hermano chico de Adolfo. Eso quiere decir que es hora de salir al recreo largo. El hermano chico sale al patio con Adolfo, y juntos juegan con una bolita lechera que les ha regalado la maestra. Después el hermano chico le pide prestado el pañuelo, y lo ayuda a llorar un poquito. Pasa una bandada de loros. Un bochinche verde que sacude el aire y remueve el corazón.





En el recreo largo, Felipa sirve mate cocido a los maestros. Menos al maestro Carlos, que se ceba un mate como Dios manda.

—¿Cuándo tenemos tortas fritas, Felipa?

—Capaz que mañana, Don Carlos, si tengo tiempo para el amasijo —dice Felipa y acerca un pan casero, para que se repartan.

Charla va, charla viene, veinte minutos de recreo.

Y se hace la hora de retomar el trabajo.

Cada cual a su aula, con un poco más de tierra en los dibujos de las orejas y la frente brillando con el sudor que suelta el sol.

Claudia espera que entre Adolfo, para empezar la clase. Mientras tanto hace palmas y canta la canción de la blanca paloma. Devuelve los cuadernos que ya están corregidos. El de Matías, el de Dora, el de Luciano, el de Adolfo. Pero Adolfo no llega. Un loro remolón pasa gritando, llamando a la bandada.

«Seguro está en el aula del hermano», piensa, y se asoma hasta la puerta.

—¡Adolfo! Patricia, ¿Adolfo está en tu salita?

—¿Adolfo? No. Se habrán quedado en el patio, porque Juancito tampoco volvió del recreo.

Claudia sale a buscarlos. En el baño, en el patio de adelante, en el patio de atrás. No están.

—Felipa, ¿no vio a los chicos Salazar?

—No, señorita. Nomás estuve en la cocina y por acá no anduvieron.

Patricia llegó y se unió a la búsqueda. Y Carlos y los demás maestros. Pero no los encontraron. Marta salió a mirar al camino. Pero el camino a poca distancia cambiaba de rumbo y se ocultaba tras el monte.



Carlos puso en marcha la camioneta y no dijo nada, porque ya Claudia había subido y cerrado la puerta justo en el momento en que el vehículo entraba de lleno en el polvo de la calle.

Después de la curva, anduvieron un buen trecho sin hablar. Hasta que los divisaron. El hermano grande y el hermano chico. De la mano. Caminando por la orillita en que la tierra se entreteje con yuyos ralos. Levantando una nube suave con las zapatillas.

A cierta distancia Carlos detuvo la camioneta. Y dejó que Claudia hiciera su trabajo.

Un poco tuvo que correr, porque estaban casi llegando al puente chico. Parecían dos semillas de la misma planta, flaquitas y juntas sobre el camino.

—¡Adolfo! ¡Juan! ¡Esperen!





Ya castigaba el sol de la mañana. Adolfo giró su mirada redonda, sin soltar la mano del compañero de viaje.

—¿Usted también viene, maestra?

—¿Adónde, Adolfo? ¿Adónde se iban?


El sauce columpiaba su ramaje con un ruido de caricia. El pollerón del sauce largando sombra sobre los chicos y la maestra.

—Nos dieron tremendo susto, chiquito. Si ya saben que no se pueden ir.

El pañuelo de la maestra es blanco y tiene perfume. La nariz de Adolfo lo conoce.

—Por aquí hay una planta de yerbabuena, maestra.

—Sí, Adolfo, pero volvamos a la escuela.



Cuesta un poco caminar cuando uno está clavado en la tierra. Cuesta un tiempo de buenas palabras dichas con la intención de los amigos.

—¿Qué tenés en esa mano, Adolfo?

—Un panadero que venía volando con nosotros, pues, maestra.

—¿A verlo? ¡Uh, qué lindo! ¿Y si le pedimos tres deseos y lo dejamos ir?

En la camioneta se llega ligerito, y la tierra del camino va quedando atrás y se tranquiliza hasta asentarse.

—Ya mañana vendrá el papá de ustedes porque es viernes, chicos —dice el maestro Carlos.

—¿Por qué salieron de la escuela, Adolfo, si saben que solos no se tienen que ir? —pregunta Claudia, mientras lo peina con los dedos.

—Es que mi hermano miraba lejos pues, maestra. Y decía, «Caminemos, Adolfo, caminemos».

Acerca de **Adolfo**

No todas las escuelas son iguales. En las zonas rurales suelen estar muy alejadas de las casas de los estudiantes. Cuando las distancias son demasiado extensas, chicas y chicos se alojan en la escuela y solo periódicamente regresan a sus casas. Estas son las llamadas escuelas albergue. A los más pequeños, estar lejos de la familia los entristece. Es lo que les sucede a Adolfo y a su hermanito, que sienten que no pasan nunca los días que faltan para que venga a buscarlos su papá.

Adolfo pertenece a *Azul la cordillera*, de María Cristina Ramos, libro que reúne historias de una escuela rural.



María Cristina Ramos

Nació en Mendoza pero vive en Neuquén. Es poeta, narradora y editora. Para ella, leer es una aventura que nos acerca a los demás y a nosotros mismos. En su obra nos acompaña a descubrir los pequeños universos que la naturaleza o los silencios de la gente nos ofrecen.

Ha recibido premios nacionales e internacionales. Algunas de sus obras han sido traducidas a otros idiomas. *Un sol para tu sombrero, La luna lleva un silencio, Maíces de silencio, Azul la cordillera, Mientras duermen las piedras, Dentro de una palabra, Historias de hormiguero, Desierto de mar* y otros poemas son algunos de sus títulos.



**DIRECCIÓN
GENERAL DE
CULTURA Y
EDUCACIÓN**



**GOBIERNO DE LA
PROVINCIA DE
BUENOS
AIRES**

ISBN 978-987-676-172-7



9 789876 761727